

Hugo Burgos G.

La Investigación Socio-Antropológica actual en el Ecuador

INTRODUCCION

En los años recientes, las ciencias sociales en general y la antropología y sociología en particular están siendo objeto de cuestionamiento, no sin razón como consecuencia, quizás, de una transformación rápida de las relaciones internacionales que están dando una nueva fisonomía al aspecto político y social del mundo.

Los viejos Estados imperiales o han desaparecido o sufren de agotamiento; el neo-imperialismo capitalista es una realidad, debido a su inmersión multinacional en el corazón de los Estados que cada vez están dejando de ser "nacionales", y que, al mismo tiempo, forman lo que se ha llamado las "neo-colonias" de un tercer mundo sobrecogido en medio de esta transformación. Los agentes del cambio, como en otras épocas de distensión, han vuelto los ojos a una imagen salvadora. Pero en esta vez no ha sido ni la religión ni las armas devastadoras las que recibiesen la solícita invocación y exaltación de los hombres, los dirigentes y las instituciones. Esta vez han sido las ciencias sociales las que están recibiendo las demandas y solicitud de respuestas a tantas preguntas que les hace la sociedad.

También al Ecuador han llegado estas demandas. Se pregunta qué es lo que realmente están haciendo esos raros profesionales llamados sociólogos y antropólogos. Y cuando ello se sabe, no pocos observan la disparidad manifiesta entre la teoría y la acción. Algunos más se preguntan incluso, ¿es qué realmente dichas teorías tienen que terminar en acción?.

De acuerdo a la tradición y composición histórico-social del Ecuador, han sido la antro-

pología social y la sociología, ambas de corte tradicional, conservadoras del orden social, idealista, las que han influido en la formación del pensamiento social. Los modernos pensadores comenzaron a ser reconocidos como "sociólogos". Pocos conocieron lo que realmente hacía el antropólogo, confundido a veces con un recolector de tuestos. De todos modos, ambas disciplinas reciben hoy la demanda de la sociedad ecuatoriana.

Como es de suponerse, las respuestas no han sido dadas en su totalidad. Bien sabemos que la antropología y la sociología primeramente fueron elaboradas en las metrópolis. Su objetivo era proporcionar la más completa información, interpretación, explicación y estrategia para subyugar a las colonias o a las ex-colonias compuestas por millones de indígenas y gentes de color a quienes, a fin de cuentas, se les iba a despojar de sus grandes recursos de uranio o estaño, cobre o petróleo, y, no hace cien años, aun de la vida humana misma, ya que ésta era puesta al mercado del esclavismo o la servidumbre. En la consecución de este gigantesco proceso económico mundial, la antropología de las metrópolis cumplió su papel de abrir la brecha, cimentar, y justificar las explotaciones colonialistas. Desde otro ángulo, lo mismo hacia la sociología, que hoy todos llaman "burguesa", analizando y comprendiendo los problemas surgidos en la compleja sociedad industrial, con sus ghettos y problemas raciales, con la desadaptación de generaciones de hombres, de origen campesino, al sistema industrial, sin faltar en ello el estudio psicológico-social de la así estimulada inmigración europea a América, resultante de dicho proceso.

Viene al caso preguntarnos: siendo el Ecua-

dor un país subdesarrollado ¿tenía acaso una antropología y una sociología propias? ¿Cuál ha sido su aporte de acuerdo a las exigencias de la época? ¿Qué clase de cuestionamiento es el que se hace actualmente? Además, ¿quiénes son los que hacen el cuestionamiento, las masas desposeídas o los representantes y dirigentes del sistema económico social? Y dicho esto, ¿qué alternativas se ofrecen para poner a la antropología y a la sociología a tono con el ritmo de las transformaciones mundiales y con el desarrollo de las sociedades nacionales? Breves respuestas a estos interrogantes constituyen el contenido de esta conferencia. Hablaremos de paso de la antropología social y la sociología en su dilema de ser ciencias, humanidades o política; de la investigación socio-antropológica misma; del problema antropológico en el ámbito político internacional y nacional, así como de sus perspectivas futuras, consciente en todo ello de que son temas que invitan a la reflexión y a la discusión actual antes que constituir un inventario de obras o un rígido programa por cumplir.

LA ANTROPOLOGIA Y SOCIOLOGIA EN ECUADOR

Es explicable la actual situación socio-antropológica ecuatoriana, que consiste en proporcionar un menor número de temas y contenidos frente a una mayor preocupación por explicarnos y reflexionar dónde nos encontramos. Contrariamente a lo que se cree, muchos de los temas que actualmente son examinados por la antropología y la sociología fueron ya, más de una vez, tratados por otros ecuatorianos, anteriores a nosotros. No se puede decir que "no hay nada". Debemos empezar diciendo, más bien, que los temas sociales, en gran

medida semejantes a los que ahora nos preocupan, comunidades agrarias, relaciones inter-étnicas, luchas de clases, políticas, oficiales, etc., han sido ya discutidos en Ecuador desde hace algunas décadas. Algunas de las muchas diferencias que existen con los trabajos actuales son ciertamente conceptuales o técnicas y, en algunos casos son simplemente diferencias de época. Sin embargo, hay varias diferencias referentes a la preparación académica, la profesionalización de las disciplinas y aun la toma de conciencia política a través de ellas. Si alguna relevante diferencia existe entre nuestros predecesores (juristas, tratadistas, filósofos, tecnócratas y, aún, ideólogos y políticos) y el trabajo académico profesional que hoy realizamos, bien podría ser el énfasis actual en adoptar una actitud crítica frente a tres grandes problemas. 1) el contenido teórico de las influencias disciplinarias originadas en las sociedades industriales; 2) las implicaciones políticas que pueden tener cualquier proyecto teórico en su eventual aplicación sobre las poblaciones estudiadas; 3) el enfoque metodológico y científico.

La experiencia del pasado nos indica que nuestros predecesores ecuatorianos hicieron de las teorías y doctrinas existentes, venidas de Europa o Norteamérica objeto de fe indiscriminada. Sin crítica suficiente las usaron para explicarnos muchos de los hechos y problemas sociales que lo eran también de otras áreas de latinoamérica. Alguna vez, dichas teorías venían sirviendo también para racionalizar y justificar amplios intereses políticos y económicos. Las preliminares investigaciones que tenemos y que son objeto de estudio socio-antropológico, fueron hace poco tiempo vaciadas de moldes ideológicos tan complejos e interesados que van desde

el más puro racismo totalitario hasta las elaboradas diagnosis que culminan en indicadores matemáticos, sin olvidar, desde luego, el inefable romanticismo indigenista que exaltaba al "indio de la sierra" como el depositario del futuro nacional, a condición de una supuesta regeneración biológica y cultural.

El Ecuador (y permítaseme no mencionar nombres) si tuvo un interés por estudiar al hombre, su cultura y su modo de vivir en sociedad. Pero lo hizo en su propia versión en la versión dependiente con respecto al mundo académico internacional y bajo condiciones ideológicas y materiales esto es, la formada por una élite exportadora y terrateniente orientada hacia afuera y hacia adentro, que basaba su poder y exacción en el trabajo de una numerosa población agricultora o de origen rural. Era lógico que aquí el contenido teórico, no era importante, porque los pensadores no tenían quien les discutiese.

Las divisiones y posiciones políticas resultantes no eran insuperables y podían resolverse aún dentro de la misma élite. Explicable también la falta de rigor metodológico, el que resultaba innecesario en una tierra donde los postulados de afuera eran ley. A pesar de esto, se observa también un aporte propio de los ecuatorianos. Sería el desarrollo inductivo usado al analizar los problemas sociales, que van apareciendo con la integración del país a los mercados del mundo industrial, un aporte generoso. La visión, el interés y el esfuerzo de algunos los llevó, incluso, a ir a adquirir el conocimiento en las mismas fuentes del saber socio-antropológico mundial. Podemos decir, que los pensadores de este siglo aportaron conocimiento empírico antes que teórico, y lo

expresaron en categorías muchas veces de origen colonial, lo que impidió por mucho tiempo ver otro tipo de relaciones sociales que se hallan inscritas en los mismos grupos estudiados. El aporte de los profesionales de la socio-antropología actual puede estar representado en la formación de una "infraestructura" antropológica, y un comienzo teórico autónomo, cuyo destino no sabemos en que va a culminar. El criticismo de las anteriores tendencias, quizás sea otra aportación. Pero, analizando bien el asunto, los sociólogos y antropólogos ecuatorianos de hoy están produciendo menos obras que lo que lo hacían los pensadores de principio de siglo. Entonces hay que buscar otras explicaciones para poder entender la situación de la antropología y la sociología ecuatoriana.

Una de ellas tiene que ver con la instrumentación de las señaladas disciplinas, ésta es precisamente, la investigación sociológica y antropológica del Ecuador, que podría ser el indicador de las tendencias existentes. ¿Cuál es el objeto investigado? ¿Y con qué fin? Estas preguntas están en la base de un más amplio cuestionamiento al sistema investigativo nacional.

En realidad, todo el mundo se cree hoy un investigador social. Se investiga en las oficinas del Estado, en los centros nacionales o privados, en las universidades y no faltan cada día los investigadores extranjeros. Es tan clara la investigación que no es difícil distinguir a los que de un modo u otro hacen ciencias y producen teorías, de los que simplemente recolectan una cédula censal o realizan la investigación con fines no más mediatos que producir un informe ministerial. La investigación socio-

antropológica en Ecuador es por el momento una curiosa mezcla de empiricismo, cientificismo y tecnocratismo. Los primeros seguramente extraen generalidades y no están carentes de teorías. Son nacionales y en un buen número. Los segundos confrontan modelos teóricos con los hechos investigados; pero su temática es tan disímil y dispersa, tan inaccesible e incluso tan someramente descriptiva, que poco se beneficiarían los que traten de extraer de ellas un aporte, salvando algunas excepciones. A este grupo corresponden gran parte de las investigaciones extranjeras. Los terceros son los informes técnicos y tecnocráticos que están orientados hacia otro fin, regularmente la implementación racional de programas específicos, que expresan de un modo u otro la acción del Estado o de la empresa privada. El empiricismo, al no interrelacionar conceptos, formando únicamente generalidades, y no nuevas teorías, simplemente podría llegar a ser una pseudo-ciencia. El cientificismo, por otro lado, excluye de hecho toda explicación que pudiera basarse en los determinantes económicos de la sociedad; está contribuyendo con ello a hacer una ciencia unilateral, incapaz de ofrecer respuestas universales concretas a un mundo económico-social que reclama de la antropología una respuesta científica y política. Finalmente, el tecnocratismo nunca llegará a hacer ciencia, ni espera serlo porque tiene una función dentro de la estructura del Estado.

Lo anterior nos lleva a deducir que la formación de las disciplinas socio-antropológicas en Ecuador no se ajustan a las mismas necesidades que ellas tienen en los países metropolitanos donde los especializados intereses centrales hacen necesaria una división tajante entre la sociología y la antropología social. Mientras

que allá se tiende a la especialización organizativa y a la departamentalización temática, en Ecuador hay una clara necesidad de una mayor totalización y, una genuina relación interdisciplinaria. Con esto último quiero significar no la reunión circunstancial de varios especialistas de diferentes disciplinas, ciencia o técnica. Relación interdisciplinaria en antropología significa el logro de la totalización teórica y metodológica de los diferentes enfoques que estudian al hombre, la sociedad y la cultura, sin menospreciar las bases materiales y las relaciones productivas que les dieron origen, continuidad, cambio y perpetuidad. Relación interdisciplinaria también significa estudiar un asunto con respecto al todo. Las comunidades campesinas y tribales, refugio de los viejos antropólogos, no están desconectadas del mundo económico, social y político que las rodea. Están profundamente saturadas por él. El romanticismo antropológico muchas veces nos ha hecho verlas como si estuvieran aisladas y han sido los mismos antropólogos los que a veces han puesto el grito en el cielo, cuando han visto que estas comunidades y tribus "se les van de las manos", por así decirlo, con la llegada de los servicios médicos modernos que chocan con la cosmovisión aborígena tradicional que los científicos muy a menudo estarán tratando de conservar para su estudio.

Hay todavía una dimensión más, a través de la cual se podría cuestionar el objetivo y contenido de las tres tendencias tan esquemáticamente trazadas. Se trata de la dimensión política. Recordemos que la antropología fue también un instrumento de control político de las poblaciones coloniales. Los colonialistas llegaron a conocer el mecanismo y las estructuras de Poder en las poblaciones estudiadas. El

cientificismo, ni ayer ni hoy, no fue una inocente inquisición trabajando en el extranjero. Se controló a las poblaciones investigadas a través de intermediarios negativos, acentuándose así el colonialismo interno de los nativos por los nativos. Dentro de las tres tendencias ecuatorianas, la influencia política externa e interna no debe estar ausente.

Se está haciendo fácil hablar de etnocidio de las poblaciones selvícolas ecuatorianas, ocasionado aparentemente por la expansión de las fronteras nacionales -dígase la colonización masiva del Oriente, la llegada de los servicios del Estado y aún la explotación petrolera.

Pero denunciar el etnocidio es un arma de dos filos. Aparentemente puede ser una bien intencionada defensa de las poblaciones tribales. Pero al mismo tiempo, puede bien esconder designios muy distintos que en el fondo tratan de socavar la acción de los gobiernos que se autocalifican de "nacionalistas". Para aquel cientificismo oscuro, clandestino, efusivo y romántico, que pretende a toda costa mantener en situ la condición cultural y social de las poblaciones tribales, sería etnocidio y genocidio el que un país como Ecuador haya hecho esfuerzos por crear un Departamento de la Cultura Nacional, con el deliberado propósito de alcanzar algún día una representación y participación idealmente igualitaria de las diferentes culturas que forman la nacionalidad ecuatoriana. Pero deben saber los antropólogos románticos que donde se ha institucionalizado la escuela, el dispensario, el trabajo justamente remunerado; o cuando se trata de contribuir seriamente a la planificación y regionalización del país, por primera vez se está dando la oportunidad a las poblaciones indígenas de buscar

su autodeterminación dentro del cuadro político del Estado. Aunque esto está probablemente en sus inicios, es mucho más equitativo que el declarado afán de la antropología romántica que trata de mantener a las poblaciones indígenas tribales en su originaria postración cultural, sin tener en cuenta que ellas tienen sus propios afanes de rescatar selectivamente, del mundo semi-industrial que las rodea, los elementos más adecuados para adaptarse a él y seguirse auto-identificando como etnia y como clase en la transformación dialéctica de la sociedad ecuatoriana. Con o sin la ayuda del Estado, las poblaciones indígenas ecuatorianas están cambiando internamente. Es vano, entonces, tratar de retenerlas en su marcha socio-cultural, si a cambio únicamente quisiéramos que sigan sirviendo de laboratorio para el científico social.

Hasta donde no se demuestre lo contrario, debemos presumir honestamente que en Ecuador no hay actualmente etnocidio, la pérdida de la cultura debido a un plan premeditado venido de fuera de las comunidades. Cuando se habla de etnocidio, debemos considerar que es un arma de dos filos. Junto a la aparente defensa del indígena, se esconden también las racionalizaciones imperialistas expresadas por una rara antropología, cuyo fin último no es sino contribuir con su grano de arena al debilitamiento de los gobiernos nacionales que controlan, en diversos lugares del mundo, las materias más estratégicas que hacen mover al aparato industrial multinacional.

Tampoco se ha evidenciado hasta ahora que en el Ecuador actual se esté generando una política genocida, que sería ya el exterminio sistemático de las poblaciones indígenas

para dar paso a la llamada civilización. Hay que investigar, pues, qué esconden las denuncias socio-antropológicas que nos hablan del genocidio ecuatoriano.

Lo que si es verdad, es que todavía existe un gran abandono de las poblaciones indígenas por parte del Estado. Se ha delegado a las misiones evangélicas la colaboración y cooperación que el Estado les debería ofrecer directamente a las poblaciones orientales. Es más, ni siquiera sabemos qué se ha hecho con los fondos que el Estado proporciona a las misiones religiosas de todo tipo. ¿Ha llegado realmente la cooperación estatal a las poblaciones indígenas? ¿Si no les ha llegado, o les ha llegado insuficientemente, cuáles grupos han sido entonces los favorecidos? Indudablemente, la antropología y la sociología tienen aquí una enorme tarea política de evaluación cultural y social.

Algo similar podría decirse de los grupos indígenas de la Sierra. Recordemos que las políticas coloniales utilizaron la reducción para someter e integrar a las comunidades serranas a la economía mundial; y utilizaron la misión para consolidar el imperio de ultramar en las selvas orientales. Bien parece que ahora, los indígenas viviendo en su llacta serrana no son tan indispensables al sistema como manera de obra rural.

Son ellos indispensables ahora en las ciudades. Descubro aquí una gran contradicción. Mientras que los grupos indígenas tratan de fortalecer la estructura campesina en un sistema de relaciones más libres, aun a costa de una constante minifundización de la tierra, esta fuerza se opone a aquella otra que atrae

sostenidamente al campesino a las ciudades. Esto nos hace pensar, aquí, muchas cosas. Que estamos frente a hechos sociales que exigen una constante revisión de nuestras teorías. Ya no se dan las relaciones interétnicas como hace diez años. Los grupos étnicos están cada día integrados en nuevas redes de compromisos económicos, sociales y políticos con las ciudades. Entonces los planteamientos y estudios, sobre las clases sociales ecuatorianas resultan ahora más urgentes, en algunos lugares, que el típico estudio antropológico de una comunidad rural. Como había soslayado en mi obra de *Rio-bamba*, veía yo que era creciente la contradicción entre las relaciones paternalistas y las relaciones competitivas.

Hoy pueden estar dominando estas últimas. Si es que hay una fuerza que deteriore la condición humana rural, cuando viene a subproletarizarse en las ciudades, las alternativas políticas deben dirigirse a fortalecerse las relaciones de clase, los movimientos campesinos, la organización y movilización política de las nuevas agrupaciones que se están dando en las zonas rurales. Hasta donde nosotros apreciamos, el Estado ecuatoriano todavía trabaja con proyectos todavía minúsculos o aislados en la Sierra ecuatoriana.

A un nivel externo surge otra gran contradicción. Los llamados programas de desarrollo a un nivel "micro", se están multiplicando cada día en las zonas rurales. Lo curioso es que éstos no provienen del Estado sino de la empresa privada tanto nacional como extranjera. Se presume que cada "programa" tiene su propia filosofía y doctrina, es decir sus propios objetivos. Hay una contradicción entonces entre la unificación organizativa, que sería acon-

sejable para ayudar a las diferentes regiones rurales, y la multiplicada dispersión de esfuerzos y políticas que realizan voluntariamente muchas instituciones particulares.

La investigación socio-antropológica tiene aquí que ser reexaminada tanto en sus objetivos como en sus resultados, ya sea ella de carácter académico, promocional y desarrollista. Nadie sabe qué pasa con numerosas investigaciones y proyectos de desarrollo rural que se están haciendo a espaldas de los gobiernos. Sin embargo, se sigue pidiendo al exterior ingentes cantidades de fondos en nombre de los campesinos. Alguna vez he mencionado que el Ecuador es todavía una tierra de nadie en el aspecto social. Nada más apropiado decirlo ahora con respecto al desarrollo rural.

PERSPECTIVAS PARA EL FUTURO

Examinando la investigación socio-antropológica en Ecuador hemos podido distinguir que existe un serio cuestionamiento a la naturaleza y función de la investigación social. Los profesionales ecuatorianos, tanto de la sociología como de la antropología, apreciamos en mucho lo realizado por nuestros predecesores no especializados a comienzos del siglo. Sin embargo, hoy, las necesidades de nuestra época nos inclinan a revisar críticamente nuestros postulados y experiencias a través de por lo menos tres aspectos: la teoría y el método; la connotación política de la investigación y, por último, la relación interdisciplinaria, tanto a nivel teórico como institucional.

Con respecto a lo primero, debemos generar nuevas teorías sobre la sociedad, que tengan al mismo tiempo universalidad pero com-

prendiendo el proceso histórico particular de la sociedad en que vivimos. Metodológicamente, el cuidado debe consistir en hacer investigación para confrontar o crear dichas teorías. No hay nueva teoría sin investigación. Es del todo deseable que nuestras disciplinas lleguen realmente a constituirse en ciencias. Existe la unidad del hombre en la articulación del proceso cultural mundial. Estamos en el estado embrionario de la ciencia. Como todos los científicos, podemos avanzar o retroceder. El futuro de la antropología no está ya en estudiar al hombre y las sociedades que están en los confines de la civilización. Nos debemos un retorno a nosotros mismos, para investigar nuestra propia sociedad, nuestros propios sistemas de dominio y sus vínculos con el exterior, y de ello sacar una teoría madura. No nos espere ya la vieja etnología del siglo XIX. La antropología actual debe estudiar los sistemas de articulación social que unen al hombre primitivo, campesino o ciudadano con los particulares centros hegemónicos mundiales que inciden sobre ellos. Es deseable, pues, que el empiricismo de nuestros enfoques llegue a ser realmente ciencia, para no depender más del cientificismo colonialista que hoy todavía nutre nuestros anaqueles y laboratorios. No hay ciencia "nacional", nuestra antropología y sociología deben ser una contribución a la ciencia universal. Y de ahí que no quemaremos brujas con el dogmatismo o el etnocentrismo provinciano. Buscamos la colaboración y cooperación científica internacional, pero que no condicione con ellos nuestros esfuerzos intelectuales, es más, el Estado debe estimular nuestro pensamiento y criticidad. El Ecuador debe tener en forma urgente un Fondo Nacional para el desarrollo de las Ciencias Sociales, especialmente de la antropología y sociología, con el que po-

demo pensar y escribir sin tener que recurrir a la "esclavitud de las ocho horas" para poder vivir con dignidad.

Después de diez años de activa vida profesional en antropología, estoy convencido que las teorías y los científicos sociales son algo así como una veleta que es removida y balanceada por el devenir de los vientos ideológicos. Realmente, no hay una ciencia social neutral. Es más, no se puede ser neutral porque el antropólogo y sociólogo no son ajenos al sistema y estructura social que investigan. Debemos ser conscientes de que actuamos con esta debilidad.

Finalmente, nuestra colaboración tiene que ser interdisciplinaria e institucional. Debemos preguntarnos si realmente sociólogos y antropólogos sociales estamos haciendo tareas distintas. ¿Acaso, nuestras tradiciones académicas y científicas no tuvieron un mismo origen? ¿Es que nuestra actual división disciplinaria responde a reales y efectivas necesidades de la estructura social que estudiamos? ¿O es que todavía reflejamos las divisiones que son funcionales a otras sociedades? Estas son preguntas que deberían responderse en otras conferencias. Por otro lado, más de una vez nos hemos preguntado si nuestro destino va a ser necesariamente los cubículos de la torre de marfil. El carácter humanista de la investigación socio-antropológica nos obliga también a dedicar otros esfuerzos a la cooperación técnica institucional con los otros especialistas y planificadores de la organización social. La colaboración sistemática de la ciencia social y la planificación son laudables propósitos que no debemos desanimar, sino incrementar aunque tengamos que trabajar todavía bajo los postulados de nuestra propia auto-identificación.